

para los nacidos y criados en Roma y en Atenas, donde todo se animaba de la comunicación entre los individuos, y todo se resolvía en una vida verdaderamente social, pues, teatrales, muy teatrales, aquellos clásicos períodos, necesitaban á una del público y de sus ruidosísimas sanciones. No ya la soledad, no ya el apartamiento y el retiro, no ya un modo de vida casi monástico, no ya el solitario de los inmensos desiertos, el asceta y el penitente indio; estas contemplaciones modernas del cielo, del mar, del aire, del bosque, del arroyo, aparecían incomprendibles á quien habitaba pueblos donde las agoras, los foros, los templos, los teatros, estaban á la continua henchidos de gente y rebosando vida. Por consecuencia, explicaciones verdaderamente paganas debía tener en tales tiempos y pueblos el amor de un rey como Numa, tan conaturalizado con las viejas tradiciones antiguas, al silencio y al retiro. Para los romanos el rey no estaba solo, no podía estar solo. Alguien le acompañaba en sus paseos solitarios, en sus absorciones múltiples, en su contemplación extática, en su arrobamiento cuasi místico por la naturaleza.

El pagano, el clásico, todo lo explicaba por una especie de animación universal, demostrando así claramente su descendencia del ario, del iranio, del indio, como queráis llamar á nuestros comunes

abuelos. Pero existía una separación señaladísima entre las concepciones naturalistas de los indios y las concepciones naturalistas de los helenolatinos. Aquellos compenetraban el hombre con la naturaleza, pero disolviendo en la naturaleza el hombre, mientras los helenolatinos disolvían en el hombre la naturaleza. Así, en todo lo poético, en todo lo bello, en todo lo dulce y armonioso del mundo material, veían una mujer, la cual no era solamente sacerdotisa, como hemos dicho en otro lugar, era también diosa. Las ninfas cantaban en los ramajes, las ninfas resplandecían en los juegos de la luz diurna y nocturna, las ninfas palpitaban en las ondulaciones del arroyo y en las espumas del mar, las ninfas iban embarcadas en los astros, las ninfas tintaban los pétalos y los cálices, las ninfas gemían en los plañidos del viento y lloraban las lágrimas del rocío. Los hombres, cual Numa, que se ocultaban en los bosques y se perdían en los prados, y se comunicaban con los árboles y con las flores, no podían resignarse, no, á la soledad aquella destituida por completo de todo encanto. La causa de su absorción en la naturaleza externa explicábase fácilmente por estas animaciones vulgares del paganismo, por la presencia en el árbol y el arroyo de bella ninfa que sabía hendir la soledad aquella con el resplandor de sus ojos, con el suspiro de su pecho, con la

dulzura de sus palabras, con la fuerza que sostiene la creación entera, con el amor. Numa tenía en los bosques sagrados, en los campos inmensos, á la orilla de los arroyos, una esposa más ó menos visible de su alma, esposa efectiva y amada, con la que sabía compartir su existencia y poblar de risueñas ilusiones, de suaves encantos, de consoladoras esperanzas aquella soledad.

El buen Plutarco, tan bondadoso y cándido, no duda en afirmar que si patricio simple Numa se casó con noble y virtuosa mujer, ya rey, Numa se casó con toda una divinidad. Por esta compañía, invisible á los humanos ojos, puede ya explicarse con facilidad el que apareciera solitario y asceta quien vivía tan bien acompañado y tan absorto en sobre-humanos goces. Con ella, por ella, merced á ella, no solo había gustado Numa lo más difícil que de adquirir hay aquí en el mundo, la felicidad, había también adquirido el conocimiento de las cosas divinas, tan superiores á la frágil vida nuestra. Plutarco no quiere considerar estas nupcias de la ninfa Egeria con el rey Numa cual uno de los muchos cuentos narrados al amor de la lumbre por los pueblos más sencillos respecto de las relaciones entre los hombres superiores y las divinidades varias. Mirando á la diosa Egeria, y su comunicación estrecha é íntima con el monarca sabino, diserta

largamente Plutarco sobre los amores de las diosas con los mortales, y sobre las amistades de los mortales con los mortales dioses. Cuentan que fué amigo de las divinidades, entre los frigios Attis, entre los arcadios Endimión. Y el biógrafo griego, que traza, bajo la protección de Roma, sus vidas paralelas, no tiene inconveniente alguno en admitir la comunicación íntima, y hasta el comercio amistoso entre los seres naturales y los seres sobrenaturales. No cree que á Dios le guste, como á cualquier caballero, un caballo, ni que á las diosas les guste, como á cualquier dama romana, un ave, aunque lleve su paloma Venus y su pavón Juno; los hombres han de parecer á los dioses preferibles sobre las bestias más ó menos feroces. Pero, á pesar de esto, cuéstate mucho creer, y se le hace muy duro de tragar, que los seres divinos lleguen á prendarse de la belleza humana y mortal, hasta tener con ella contactos corporales. Muy sutiles de suyo los egipcios, mantenían á este respecto capciosa distinción, juzgando cosa posible que un dios se acercase á una mujer hasta el punto de fecundarla, mientras un hombre no puede fecundar á una diosa. Por la teoría egipcia marraba el pensamiento de Plutarco atribuyendo relaciones, y relaciones nupciales, á Egeria con el monarca Numa. Mas, para desvanecer hasta las objeciones de una teogo-

nía tan apartada del sentido romano, como la teogonía egipcia, pónese Plutarco á contar los afectos de amistad y amor existentes entre los dioses del cielo y los hombres del mundo. Apolo fué amigo de varios monarcas. Pan gustaba mucho de las poesías pindáricas, y consideraba en sus adentros á Píndaro como un poeta de su divina corte. Los dioses tributaron á Hesiodo y Arquíloco verdaderas honras fúnebres, porque los creyeron favoritos de las musas. Esculapio se alojó, una vez que vino á dar su correspondiente paseo por la tierra, en casa del poeta Sófocles, visita por tal modo cierta como cualquier hecho histórico, pues afirma con verdadera candidez é ingenuidad el historiador haber en su tiempo y vida encontrado pruebas fehacientes de todo ello. Y aquí entra la moral del cuento, aplicado á este caso de Numa y Egeria, matrimonio manifiesto entre un humano y la divinidad correspondiente. Si un historiador como Hesiodo, un lírico cual Píndaro, un trágico cual Sófocles, han contado con el afecto amistoso de los dioses ¿por qué no habían de alcanzarlo aquellos que tanto superan á músicos y á poetas, los fundadores de repúblicas, los guías de reinos, como los padres de pueblos? Cuando iban los dioses al comercio y comunicación espiritual y directa con los compositores de poesía ó de música iban por

mero pasatiempo; mas cuando iban á tratar con seres tan sobrenaturales como Zoroastro, Minos, Licurgo, Numa, los cuales, desde Persia á Creta, desde Creta á Esparta, desde Esparta á Lacedemonia, iban por instruir, impeler y guiar á los humanos, dándoles el espíritu de las leyes, el secreto de los gobiernos, la forma y el poder de los estados, eso que se denomina en el mundo autoridad, y que mantiene unas almas pendientes de otras almas, sujetándolas á la más severas disciplinas, uniéndolas en las mayores y más difíciles y más concertadas armonías, para formar el compuesto sublime que se denomina en el vulgar lenguaje humana sociedad. Por consiguiente, si Numa rey, obligado por su ministerio y oficio á tratar con los mortales por necesidad, se recluía y encerraba en el campo, era porque allí había encontrado una diosa, y esta diosa le había sugerido con la inspiración y con el amor todos sus altos pensamientos. Y después de certificar esto con la gravedad propia de un verdadero notario que asiste á la certificación de serio y grave matrimonio, detiéndose á decir esta observación más humana: que si Numa y los demás célebres personajes llamados á gobernar muchedumbres indóciles y bárbaras hubieran necesitado suponer que las alteraciones y reformas por ellos traídos dimanaban de los dioses, engañado habían

á las gentes, pero con fábulas y engaños, no por muy mentidos menos saludables y provechosos para los mismos burlados.

La verdad es que, según sus aciertos, no parecía por una divinidad aconsejado Numa, parecía una divinidad en persona. De noble nacimiento, de virtuosa familia, de ocupaciones altísimas como son todas las referentes al espíritu, de calma interior procurada por una religión y por una filosofía superiores, amaba sobre todos los estados un estado de paz, y no podía resolverse á dirigir pueblo como el pueblo rey, decidido á fiar todos sus adelantos y todas sus ventajas en el mundo al combate continuo, exterminador y horroroso. Así, cuando los enviados de Roma le cercaron y le prometieron la corona de Rómulo, instándole con súplicas, Numa opuso á sus instancias la consideración del enorme trabajo y de las agudas penas que le traerían unos deberes tan altos y tan múltiples, tras los esfuerzos empleados por él en su vida toda para conciliarse aquella paz del sabio, superior á todos los dolores y exenta de cuidados. Mas como insistieran los embajadores, Numa les respondió cómo no podía recibir cargo tan repulsivo á su temperamento como el cargo de monarca sin el voto concorde y unánime de todos los llamados á designar el primero en las monarquías. Convi-

nieron en esto y se presentó en la grande Asamblea nominadora, donde no le faltó uno siquiera de los electores congregados y legítimos. Tras tal votación, que le nombraba materialmente, lanzó el pueblo entero un clamor de fragoso regocijo. Pero Numa objetó que la elección aquella no se podía dar por hecha, faltándole, como le faltaba, el asentimiento de los dioses, á quienes debía consultar desde la montaña Tarpeya después de haber consultado al pueblo desde la montaña Palatina. Los sacerdotes le precedían, los adivinos le rodeaban, é instalado en el sitio verdaderamente litúrgico del viejo territorio romano, el jefe de los augures le veló completamente la faz, le volvió al Mediodía, é imponiéndole su diestra mano sobre la frente, convirtió los ojos avizores á los cuatro puntos cardinales para escudriñar y saber, bien por el vuelo de las aves, ó bien por el soplo de los airecillos, ó bien por otros signos análogos, si lucían ó no signos favorables y prósperos. Un silencio sepulcral reinó durante la ceremonia. El pueblo levantó una oración interior al cielo para volvérselo propicio; tanto recelaba perder la dirección y gobierno de aquel hombre. Al fin por la derecha de Numa vinieron los augurios felices, las aves buenas, y al verlas, tomó la vestidura real compuesta de lino y púrpura, declarándose monarca.

El pueblo lanzó agudo grito de alegría y le bendijo con toda suerte de bendiciones clamorosas. Su primer acto de soberanía fué licenciar la guardia, por su predecesor adscrita, desde los primeros días del reinado, á la persona regia. Esos aparatos denotan, ó que desconfía el pueblo de sus jefes, ó que desconfían los jefes del pueblo. En uno y otro caso un buen monarca no debe reinar. Y fiado en esta confianza él, aumentó los flamines al colegio sacerdotal romano; extendió y multiplicó las fiestas litúrgicas en que los pueblos se congregaban; llamó los ojos del vulgo hacia la idea invisible respresentada por las estatuas y simulacros visibles de los dioses; sustituyó los sacrificios cruentos con hidromiel y harina y libaciones; creó y organizó el Ponticado máximo; consagró por medio de las vestales el fuego sacro que debe arder eternamente dentro de Roma como en el sol su lumbré; purificó el culto prestable á los muertos; erigió el templo de Jano á la paz y otro templo á la buena fe pública; impuso públicas horas de recogimiento y de silencio; consagró la propiedad conjurándola y perpetuándola por medio del dios Término; dulcificó las relaciones sobrado adustas de los padres con los hijos; añadió al año compuesto de diez meses y empezado en Marzo, Enero y Febrero; dispuso fiestas públicas muy semejantes á libres

asambleas, donde pudieran los pueblos vecinos ó aliados congregarse; y todo lo hizo inspirado por esa ninfa Egeria, que fué como una musa para él y una verdadera divinidad para su pueblo y para su tiempo.